

de la justicia imputativa é irremisible, ó de la justicia que se adquiere con la fé sola y no se pierde sino perdiendo esta. No se esplican con la misma claridad, ó mas bien con la misma dureza que Lutero, sino que dudan, titubean y están continuamente variando. De este modo preparaban los materiales de que se aprovecharon luego los corifeos de la reforma, y que despues de tantos bosquejos y retoques, ni se hicieron mas susceptibles de trabazon, ni dejarán de llevar eternamente el sello de la inestabilidad del entendimiento humano.

La confesion de los hermanos de Bohemia fué desechada con desprecio por el rey Uladislao; y se les prohibió, por medio de un edicto solemne, enseñar su doctrina y celebrar juntas, con orden rigorosa para que compareciesen en un dia determinado ante los magistrados de Praga á abjurar sus errores y reunirse á la Iglesia. Hicieron, aunque en vano, varias representaciones, en las que pretendian probar que habian tenido causas muy justas para separarse de la Iglesia romana; protestaron delante de Dios que miraban con horror toda herejia, y sobre todo dijeron que la Religion de Jesucristo no debia ser obra de la violencia. Advirtió el rey que su language era el mismo que usaban todos los herejes, y creyéndose autorizado para reprimir á aquellos perturbadores, no disminuyó en nada el rigor del edicto (1504). Algunos años despues publicaron estos novadores otros escritos que justificaron mas que nunca el poco caso que debe hacerse de las confesiones de las sectas, y el ningun fundamento que tiene su fé versátil y subordinada en todos tiempos al interés ó al capricho del momento. En estas últimas obras desecharon la transubstanciacion, y declaraban que por el Sumo Pontífice, de quien habian confesado que recibian los sacerdotes las órdenes, no entendian al Papa, sino á Jesu-

cristo, llamado por San Pedro Pastor y Obispo de nuestras almas, y es en efecto (añadian) la única Cabeza del cuerpo de la Iglesia. Se los confundió con el argumento irresistible de sus variaciones y contrariedades, que son el borron mas palpable de las novedades profanas de todos los siglos, y se vió que era necesario reducirlos al silencio para evitar que sedujesen á los incautos.

Habia algun tiempo que reinaban grandes abusos en la eleccion de los Papas, y Julio II, que los conocia mejor que nadie, trató de remediarlos. Por una bula de 14 de enero de 1505, se mandó que si en lo sucesivo se cometia alguna simonia en la eleccion de los Papas, así por parte del electo como de los electores, se tuviese la eleccion por nula; que se pudiese proceder contra el elegido, como si fuese un herege, é implorar para su deposicion el auxilio del brazo secular; que los cardenales que hubiesen concurrido á la eleccion fuesen privados del cardenalato y de toda dignidad y beneficio; y en fin, que los que no hubiesen tenido parte en la simonia, pudiesen elegir otro Papa y convocar para ello un concilio general (1). En el mismo año hizo Julio una promocion de nueve cardenales, y en el siguiente principiò el edificio de San Pedro de Roma, que es el mas augusto de todo el universo, y se construyó por los modelos ó planes del célebre Bramante, que habia restablecido el gusto de la arquitectura antigua. El Papa colocó por sí mismo la primera piedra el sábado de la octava de Pascua, 18 de abril. Se eligió para edificar esta iglesia magnífica el parage del Vaticano, donde Constantino el Grande habia construido antiguamente una basilica que estaba arruinándose. Se habia propuesto Julio ver concluida aquella obra inmen-

(1) Bullar. Jul. II, t. 1; Const. 3 et 4.

sa, pero murió antes de que se acabasen de echar los cimientos.

Las semillas del cristianismo que habian sembrado los portugueses en el reino de Congo fructificaban en él con mayor abundancia de dia en dia por el cuidado y esmero del rey Manuel, no menos diligente en establecer la dominacion de Jesucristo que la suya propia en todos los paises donde penetraban las armas portuguesas. En el año 1504 envió á aquel reino un gran número de piadosos y sabios misioneros, así para instruir á fondo á sus habitantes y confirmarlos en la fé, como para hacer nuevas conquistas espirituales. Dispuso que fuesen con ellos personas hábiles en todas las ciencias, artes y oficios, á fin de comunicarles juntamente con los bienes eternos todas las ventajas de la sociedad y de la civilizacion. Esta bondad, propia de un rey, ó por mejor decir, de un padre, cautivó de todo punto el corazon de aquel buen pueblo, el cual recibió con la mayor alegría á los operarios evangélicos y manifestó los mas vivos deseos de aprovecharse de sus divinas lecciones. A un mismo tiempo promovia Manuel los progresos del Evangelio en Africa, en las estremidades de Asia y en las regiones casi desconocidas que llamamos ahora América.

Desde las playas mas orientales de la China hasta el estrecho de Magallanes era su nombre respetado de los pueblos y de los principes, de los monarcas y de los emperadores, y de los mas orgullosos potentados, no menos que de los caciques y de los salvajes errantes (1). Envidiosos los venecianos al ver que pasaba á los portugueses el rico comercio de las Indias, escitaron contra ellos al soldan de Egipto, el cual les amenazó con la guerra y declaró que arruinaria el Santo Sepulcro y obligaria á todos los cristianos de Levante á profesar el ma-

(1) Barros. Dec. 2, l. 2, c. 6; Oson. l. 4.

hometismo, que era lo que al parecer debia poner en mas cuidado al piadoso rey de Portugal. Para evitar el efecto de estas amenazas pasó á Italia el guardian de los franciscanos de Jerusalem, se presentó al Papa y le suplicó que interpusiese su mediacion con el rey de Portugal. Convencido el Pontífice, envió al franciscano á la corte de Manuel, y enterado este príncipe de cuanto le espuso, no hizo mas que reirse de sus temores, y respondió al Papa que el único sentimiento que tenia era no haber dado mayores motivos para las quejas del sultan; pero que nada temia con el auxilio del cielo, y que esperaba quemar en una misma hoguera el libro del coran y el sepulcro de su autor (1). Pedia al Vicario de Jesucristo que exhortase á todos los principes cristianos á contribuir á un objeto tan piadoso. Por lo demás, el gran Manuel, no menos prudente que intrépido y bien instruido en los intereses de las cortes, sabia que el celo del egipcio no era de tal naturaleza, que le moviese á sacrificar los considerables tributos que sacaba de los peregrinos de Palestina. Así se lo dijo al franciscano, y le despidió dándole cuantiosas limosnas para la Tierra Santa. Los efectos acreditaron la verdad de sus congeturas, porque viéndose despreciado el mahometano, se apaciguó, ó al menos no inquietó á los cristianos que residian en sus Estados.

Esta magnanimidad del rey de Portugal era trascendental á todos aquellos á quienes confiaba su autoridad. Sus almirantes ó oficiales habian conquistado ya en el mar de las Indias bastantes posesiones para formar un Estado nada despreciable. El primer virey que estableció en él fué Francisco de Almeida, que salió el dia 23 de marzo del año 1505 con una escuadra de veintidos navios, y orden de construir en los puestos

(1) Barros. Dec. 1, l. 8, c. 2 et 3.

mas ventajosos de Africa y de Asia fuertes y ciudades, para poder hacer escursiones ulteriores y tener un asilo en caso necesario. Llevaba Almeida el cargo de enviar las riquezas de la India en algunos navios, y conservar los demas con las tropas y oficiales, para formar en la India un imperio permanente y respetable á sus vecinos. Cumplió perfectamente sus órdenes, y aun hizo mas de lo que se le habia mandado: edificó fortalezas, conquistó ciudades y provincias, ganó batallas á los egipcios, á los árabes y á los indios: sojuzgó reinos, venció reyes, los hizo tributarios, y ejecutó tales hazañas, que hay volúmenes enteros que no tratan de otra cosa. Este admirable oficial pereció miserablemente en las costas de Africa (1) en una pendencia que tuvo su tripulacion con los cañes.

El grande Albuquerque, que fué su sucesor, ensalzó mucho mas la gloria y el poder de los portugueses en las Indias. Antes de tomar posesion del gobierno, se apoderó al paso de la isla de Ormuz, situada en la embocadura del golfo pérsico, abundante de oro, plata y piedras preciosas, y con la comodidad de tener dos puertos que formaban de ella la escala mas favorable para el comercio, y la mas frecuentada de los comerciantes de todas las naciones (2). Después se hizo dueño de la ciudad de Goa, en la costa occidental de la península de la India al lado de acá del Ganges, plaza de a mayor importancia, que vino á ser la capital del imperio portugués en aquellas regiones y la metrópoli de todas las iglesias que en él se erigieron (3). Un Crucifijo de bronce que se encontró en unas ruinas, confirmó la idea de que el Apóstol Santo Tomás habia llevado allí la fé cristiana, y

(1) Barros. Dec. 1 y 2.

(2) *Ibid.* 2, l. 2.(3) *Ibid.* Dec. 1. 4 y 5.

con ella el culto de las imágenes, el cual llega por consiguiente hasta el tiempo de los Apóstoles. El año siguiente (1511) hizo Albuquerque la conquista de Malaca, casi tan importante como la de Goa, pues con ella quedaba dueño de la península que está al otro lado del Ganges (1). Tomó un sinnúmero de ciudades, puertos é islas, cogió y quemó navios y escuadras enemigas; limpió de piratas aquellos mares, aterró á todos los bárbaros, hizo su nombre formidable aun á los imperios mejor constituidos, los cuales enviaron embajadores para solicitar su amistad; en una palabra, todo su vireinato fué un tegido de acciones heroicas, prodigiosas y tan poco posibles en el orden natural, que pensaria quizá con menos juicio el que las atribuyese á los débiles recursos que tenia en su mano, que al favor del cielo, á quien las atribuia el mismo Albuquerque. Creyó este las debía especialmente al Apóstol Santiago, patron de España, y así en agradecimiento envió á su iglesia de Compostela una porcion de joyas. Animado de una fé viva y de unos principios sólidos de Religion, fué este grande hombre un modelo de equidad, humanidad y beneficencia, pues si venció á los indios tambien los trató como un padre, no haciendo diferencia entre ellos y sus compatriotas. En efecto, para formar de los dos pueblos una misma nacion, al paso que se iban convirtiendo y recibian el bautismo las doncellas indianas, disponia que se casasen con ellas los portugueses, y si no tenian dote le pagaba él de su propio bolsillo. De este modo se fundó tan perfectamente el nuevo poder de Portugal en la union de los corazones y en la reciprocidad de los intereses, que á pesar de la enorme distancia de los lugares, del trascurso de los siglos y del furor de tantas revoluciones, parece que aun en el dia es imposible destruirle. Si no

(1) Barros. l. 6.

se halla en el grado de esplendor á que tan rápidamente le elevó el heroismo, y si decayó de él en muy poco tiempo, debe atribuirse esto á que la superioridad del poder produce la opulencia, la opulencia engendra la voluptuosidad, y la voluptuosidad acaba con el valor y con todas las virtudes que constituyen á los héroes.

La alegría que causaban diariamente en Lisboa unos triunfos tan rápidos y tan considerables, fué interrumpida por una conmocion (1506) que tuvo un origen muy pequeño, si es que debe mirarse como tal todo lo que puede irritar á la supersticion. Habia en la iglesia de los dominicos un Crucifijo, colocado en una urna de cristal. Algunas personas poco instruidas que estaban oyendo misa, quedaron atónitas al ver los rayos de luz que reflejaba el cristal, y empezaron á gritar *milagro, milagro*. Un judío recién convertido se rió de su simplicidad y procuró desengañar á los demas concurrentes; pero preocupado el pueblo con la idea de que el judío se esplicaba así en desprecio de la Religion, se llenó de furor, empezó á llamarle relapso y renegado, echó mano de él, le sacó de la iglesia arrastrándole por el suelo, le maltrató cruelmente y le arrojó por último en una hoguera. Se aumentaba por instantes el número de los fanáticos, y habiendo aplaudido sus arrebatos algunos de los religiosos á quienes pertenecia aquella iglesia, se oia por todas partes una gritería horrible; y á los pocos momentos fué general el desorden. Entró el populacho feroz en las casas de los judíos recién convertidos, quitó la vida á cuantos encontró en ellas y robó todo lo que tenían. Duró tres dias enteros esta carnicería horrible sin que fuese posible calmar la sedicion, alentada durante este tiempo por dos religiosos que llevaban delante de los grupos una cruz á guisa de bandera. Se regulan en mas de dos mil las personas

degolladas, entre las cuales murieron muchos cristianos viejos, ya por equivocacion y ya por la malignidad de sus enemigos particulares, los cuales se aprovecharon de la ocasion para satisfacer su venganza. No pudo menos de indignarse el prudente y piadoso rey Manuel al ver un celo tan contrario á la Religion; y hechas las averiguaciones mas escrupulosas, fueron castigados con pena capital los dos frailes instigadores y los principales autores de la conmocion, quemados sus cadáveres y esparcidas las cenizas al viento.

San Francisco de Paula, fundador de los religiosos mínimos, murió en Francia á 2 de abril de 1507, en el convento de Plessis de las Torres (1). Ocho meses antes habia sido confirmada su regla en la última forma que acababa de darla despues de algunas variaciones. Supo con tanta certeza que estaba muy próxima la hora de su muerte, que no quiso recibir ningun alivio ni socorro humano, diciendo que todo lo que se hiciese seria inútil y contrario á los designios de Dios. Después de exhortar á sus discipulos á la caridad fraterna, al amor de la regla que habian profesado, y particularmente á la exicta observancia de su cuaresma perpétua, mandó que le llevasen á la iglesia, donde, con una cuerda al cuello y los pies descalzos, recibió la comunión. Murió en el dia siguiente, que fué Viernes Santo, á los noventa y un años, habiendo manifestado en su muerte, del mismo modo que en el discurso de su larga vida, cuánto amaba la virtud de la humildad, que es la basa de todas las demas.

Pero tambien pareció que el cielo queria demostrar especialmente en su siervo la verdad del oráculo del Evangelio: *el que se humilla, será ensalzado*. Francisco de Paula, de humilde nacimiento, sin bienes

(1) Bolland. et Baill. ad 2 April.

de fortuna, sin ciencia y sin conocimiento de las cosas del mundo, fué quizá el mas sinceramente honrado entre todos los hombres, el mas deseado de los grandes y el mas rodeado de la grandeza. Tres monarcas franceses, en cuyos reinados pasó una gran parte de su vida este oscuro y santo calabres, le honraron á porfia. Luis XI se tuvo por feliz al ver que este santo hombre, como él le llamaba siempre, cedió por fin á á sus repetidas invitaciones. Carlos VIII quiso que fuese padrino del delfin; y Luis XII le visitaba con frecuencia y le hacia varias expresiones de cariño. Todos tres protejeron y favorecieron á los discípulos del mismo modo que lo habian ejecutado con el maestro: lo que contribuyó infinito á los rápidos progresos que hizo esta orden en Francia y en toda la cristiandad. Las virtudes de Francisco, acrisoladas, por decirlo asi, y canonizadas en vida por los cortesanos juiciosos, los cuales no le daban otro nombre que el de siervo de Dios, y sus muchos y ruidosos milagros, cuya narracion ocupa obras voluminosas, fueron causa de que en tiempo de Julio II se hiciese la súplica de que se le colocase solemnemente en el número de los Santos: lo que se ejecutó doce años despues de su muerte, en el Pontificado de Leon X. Su cuerpo se conservó entero en la iglesia de Plessis, hasta que los calvinistas manifestaron su furor impio contra la Religion católica, consumiéndole en una misma hoguera con el *Lignum Crucis* de aquella iglesia. Asegúrase que se sacaron de las llamas la mayor parte de sus huesos.

En el mismo mes en que murió San Francisco de Paula, sanó tan repentinamente la princesa Claudia, despues de haberse hecho oracion por su salud en el sepulcro del Santo, que toda la corte miró esta curacion como un milagro. Aunque siempre era muy apreciable la vida de aquella princesa, lo era entonces mucho mas, por-

que acababa de desposarse con el conde de Angulema, heredero presuntivo de la corona, despues de haber sido prometida al duque de Luxemburgo. Era heredera natural del ducado de Bretaña, y se la habia ofrecido dejarla tambien el ducado de Borgoña, las conquistas de Italia y algunas otras posesiones bastante considerables; lo que obligó á los grandes á pedir que se convocase la asamblea de los Estados para deliberar acerca de un asunto tan importante al imperio francés. En efecto, se celebraron los Estados ó Cortes en la ciudad de Tours (1506), y todos los que concurren á ellas apelaron unánimemente al corazon paternal del rey para con sus súbditos contra aquel primer compromiso tan perjudicial á la patria. Las Cortes de Bretaña unieron su voto al comun parecer de la Francia; y Luis XII, que pagaba á sus pueblos el amor que estos le profesaban, cedió sin dificultad, luego que se le hizo ver que el empeño que habia contraido era efecto de una sorpresa, que no podia enagenar de aquel modo los bienes de la corona, y que todo contrato que se oponia á una obligacion natural é indispensable, es de ningun valor y efecto. De consiguiente, quedó resuelto el matrimonio del conde de Angulema con la princesa; y aunque parecia que era de temer el resentimiento de la casa de Austria, no pudieron menos de estimar aquellos principes la sábia y justa política de la Francia. Poco despues formaron con ella y con las potencias de Italia una liga formidable contra los venecianos.

Embriagada Venecia con su gloria y con su rápida elevacion, se habia aprovechado de los continuos disturbios de Italia para apoderarse de lo que mas la pareció convenirla en toda la estension de aquel pais (1). Destruido el poder del duque del Valentin

(1) Machiav. l. 6.

nesado, se apropió todo lo que pudo coger de sus despojos, sin respetar el patrimonio de la Iglesia, en el que debian refundirse naturalmente, pues no eran mas que una desmembracion de este. Habia usurpado Venecia al imperio las ciudades de Pádua, Verona, Treviso y Roveredo, con todo el Friul; el rey de Francia la pedia la restitucion de Brescia, Bórgamo, Cremona y otras muchas posesiones antiguas pertenecientes al ducado de Milan; el rey de Aragon reclamaba la devolucion de Brindis, Otranto, gran número de plazas menos considerables, y muchos puertos escelentes que los venecianos ocupaban en el reino de Nápoles. Julio II, muy celoso de la grandeza temporal de la Santa Sede, fué el primero que se empeñó en sostener sus pretensiones. Despues de haberse insinuado con los venecianos en los términos mas moderados, pero sin conseguir ningun fruto, trató seriamente de formar una liga entre todos los soberanos que tenian motivo para quejarse, como él, de las usurpaciones de Venecia. Como sabia que Luis XII estaba muy apasionado por la Italia, envió desde luego un nuncio á Francia, donde fueron aceptadas inmediatamente sus proposiciones casi sin ninguna reclamacion. Igual acogida hallaron con el emperador Maximiliano. Fernando, rey de Aragon, que llevaba mas allá sus miras y no era tan confiado ni consintió tan fácilmente; pero al fin, viendo medio de sacar partido del primer entusiasmo de la liga, vino en apoyarla, si bien resuelto á abandonarla cuando asi le conviniera (a). Asi, pues, se ajustó la liga famosa de Cambray, cuyo nombre tomó del lugar donde se reunieron los ministros

de los principales soberanos (1). No quiso firmar el nuncio, diciendo que no tenia plenos poderes para ello; pero el cardenal de Amboise firmó por el Papa, con el titulo que tenia de legado suyo en Francia. A escepcion del gran Manuel, rey de Portugal, ocupado únicamente en estender su gloria y su Religion por el Nuevo-mundo, todos los potentados de Europa (a) tomaron parte en esta guerra con la esperanza de repartir entre sí los despojos de aquella república proscrita, á la cual miraban ya como aniquilada. Para mover á los florentinos á que se declarasen tambien contra ella, se les abandonó vilmente la ciudad y la república de Pisa. A los demas principes de Italia les bastó el honor de que se hiciese mencion de ellos, para suscribir gustosos á la voluntad de los monarcas coligados (1508).

Aunque no desaprobó el Papa lo que habia firmado en su nombre el cardenal de Amboise, dió á entender con su conducta que no se habian interpretado muy bien sus intenciones, y que si presentó tantos actores en la escena, fué solo para lograr sus fines particulares, los que volvió á proponer á los venecianos, luego que los creyó suficientemente intimidados. Efectivamente, lleno de consternacion el senado, hubiera accedido á la demanda del Papa, reducida á la restitucion de Rimini y de Faenza, si con este sacrificio hubiera podido prometerse la pacífica posesion de las demas conquistas; pero juzgó que el Pontífice tenia otras miras, y que despues de haber conseguido las dos ciudades con que fingia contentarse, pediria otras muchas. Por consi-

(a) Vuelve aqui nuestro autor á zaherir al rey Católico. Lo que hay es que con su política procuró luego aprovecharse de las disensiones que se suscitaron entre los otros aliados, á las que contribuyó no poco Luis XII, excitando recelos en los demas principes, pues enriquecido con sus fáciles triunfos queria ir mas allá de lo que le correspondia. (N. del E.)

(1) Guich. l. 18; Mar. Fer. Bellefor.

(a) Luego no era solo el rey Católico sino todos los demas, incluso el rey de Francia, los que llevaban miras particulares en esta alianza. Por qué, pues, nuestro autor pretende pocas lineas antes hacer como una escepcion odiosa contra Fernando de Aragon? (N. del E.)